

# El Amigo del Pobre

FRANQUEO  
CONCERTADO

Publicación decenal con Censura Eclesiástica

FRANQUEO  
CONCERTADO

«Este precepto os doy: que os ameís los unos á los otros como Yo os he amado.»

(Jesucristo á sus discípulos).

## Hacia la liberación,

por J. LE BRUN

..... ¡la libertad del trabajo!.... no creáis en eso, no hagáis caso de esa fórmula engañosa que os entrega atados de pies y manos á los patronos y á los ricos.... Está demostrado por los hechos.... está reconocido por los hombres de acción y de ciencia.... en el mundo del trabajo no hay, no puede haber libertad para quien no teniendo más ingresos que su salario, no ha de poseer nunca una verdadera independencia económica....

De sobre la mesa colocada en un extremo del fronton, rebotaban las frases, enérgicas y sugestionadoras, lanzadas por encima de aquellas cabezas de obreros, cabezas erguidas entonces valientemente hacia un ideal de justicia, como antes se han inclinado, valientemente también, sobre el trabajo.

La tarde anterior, al salir de las fábricas, recibían todos en un papelillo rojo la misma consigna:

*Trabajadores de los talleres y de las fábricas! Mañana á las diez de la mañana acudid al Frontón para tratar de nuestros derechos, acudid para sindicarnos contra la explotación y la tiranía:..*

Y esos papelillos rojos, corriendo de mano en mano, deslizándose por debajo de todas las puertas humildes, habían hecho que toda la población obrera de aquel centro fabril llenase por completo la ancha área del frontón, se apretujase allí, se desbordase hasta por entre los floridos tilos del camino.

..... la libre concurrencia tiende al aplastamiento de los débiles, á la violación de los derechos esenciales.... Y en los dominios del trabajo, como en todos los dominios de nuestra actividad, no es la libertad, es el derecho quien ha de regular las relaciones humanas... Restauraremos este derecho, vayamos hacia la justicia para conquistar nuestra paz.... esa paz y esa justicia que no tendremos mientras se admita que el trabajo es inferior al capital.... mientras se crea que el trabajo honrado y sano y poderoso y creador....

Los aplausos estallan vigorosos, con ruido de granizo, con temblores de tempestad fraguada por miles de manos callosas y duras, manos débiles á pesar de todo, que andan á tientas por la vida en busca de un sueño rosado que siempre huye.

Luego, otro obrero sube á la mesa. Este habla de la necesidad urgente de sindicarse.

—Para vivir, el hombre debe trabajar. Nadie puede sustraerse á esta ley. Y si los que trabajamos podemos legítimamente exigir de los poderes públicos que nos ayuden en el cumplimiento de esa ley, tampoco debemos olvidar que la mejora de nuestra suerte, nuestra ascensión social depende en gran manera de nuestro esfuerzo personal.... Y el medio más eficaz que tenemos para defender nuestros intereses, es la asociación.... El aislamiento nos hace cobardes.... el aislamiento ha reducido á la clase obrera á una especie de payesa humana, sin fuerzas para resistir á la formidable presión de la concurrencia, incapaz de levantarse hasta el puesto que en la vida le corresponde....

Todas las cabezas se agitan diciendo que eso es verdad, todas las miradas se clavaban ansiosas en el hijo del pueblo que así habla, á muchas imaginaciones viene el recuerdo de escenas tristes y amargas, de promesas incumplidas, de contratos rotos, de abusos de fuerza, de días y noches enteras de trabajo, de talleres húmedos y sucios.... ¡qué calvario tan negro el de muchos obreros!

El orador continúa:

—La asociación nos fortificará, y nos fortificará para cumplir mejor nuestros deberes y para exigir mejor nuestros derechos.... Dentro de ella, sabremos hacer frente á quien trate de pisotear nuestras conciencias de hombres libres y honrados, podremos defender á nuestras mujeres y á nuestros hijos de un trabajo explotador y sin entrañas, haremos que el sol y el aire entren á raudales por las fábricas en que trabajamos... el sol y el aire que son del rico y del pobre...., resistiremos á toda iniquidad, prepararemos el triunfo de la justicia, de esa santa justicia que es hija de Dios como nosotros....

No son ya aplausos los que resuenan ahora; son gritos, son clamores, son las ansias del naufrago que pereciendo ya, vislumbra allí, á dos brazas de él, una playa resplandeciente y sosegada á la que teme no ha de llegar nunca.

—Ved pues los Estatutos de un Sindicato profesional obrero—grita un tercer orador.

Y vá desarrollando un hermoso programa, vá mostrando las bases de una asociación que ha de elaborar por el bien espiritual, moral y material de todos sus asociados.

Ante los ojos de aquellos obreros van pasando proyectos, realizables si ellos quieren...; toda una empresa de legítimas reivindicaciones; un *sursum corda* redentor y armonioso....

mas reivindicaciones; un *sursum corda* redentor y armonioso....

—El Sindicato—dice—estrechará las relaciones de hermandad de los asociados, fomentará la instrucción profesional, organizará exposiciones y viajes, defenderá las justas reclamaciones del obrero, colocará á los que estén sin trabajo, prestará ayuda legal y pecuniaria, fundará cooperativas, pensiones para la vejez, cajas de socorros mutuos, influirá en las condiciones y duración del trabajo, exigirá el descanso dominical y la higiene en los talleres, trabajará por el cumplimiento de las leyes y reformas sociales, fomentará la honradez y moralidad entre los socios....

Y cuando ha terminado de exponer todo el plan del Sindicato, después de hablar largamente sobre sus ventajas, después de hacer un llamamiento á todos, un llamamiento efusivo de hermano á hermano, de oprimido á oprimido, les invita á terminar el mitin cantando una canción que todos saben, una canción que tiene arrebatos de lucha y cadencias de amores, el *Himno del obrero* que aprendieron ya de niños y no olvidarán nunca.

Y mientras cantan—eso es muy de notar—mientras todos cantan, ocho, diez, doce obreros, los organizadores del acto, van por entre el público, hablando con unos y con otros, convenciendo individualmente, consiguiendo adhesiones, arrancando promesas formales de ingresar en el Sindicato profesional.

Los relojes de las fábricas lanzaban sus doce campanas de mediodía.

Junto al fronton, el cimbalico de las Carmelitas, juguetón y risueño, anunciaba el *Angelus*. Más lejos, de la maciza torre de la Colegiata, descendía también y se derramaba por toda la vega un *Angelus* solemne, poderoso, resonante, pacificador.

..

—¡Está esto bueno! ¿Quién creería en esta paradoja?... Tú, el hijo del fabricante más rico de esta zona, el futuro patrón, ¿organizar un mitin con vistas al socialismo?... ¡Vamos, es cosa que no se vé todos los días!

—Pues ya lo ves.... Pero ¿por qué le ha de extrañar á nadie el que yo mire por mis obreros? ¿Quién debe mostrar más interés por ellos que sus patronos?

—Sí, así debe ser, y sin embargo no lo es.... Está demasiado alto el amo para poder entenderse con sus trabajadores....

—Todo es querer. En el Circulo de Estudios, ellos y yo nos entendemos....



y esta mañana, ya has visto qué bien nos hemos entendido.

—Si, bien enseñados tienes á los obreros de tu Círculo....

—Ellos son los que me enseñan á mí, ¡se aprende tanto entre sus blusas gastadas por el trabajo y sus pobres chaquetas!... Ellos ¡lo hacen todo, yo no tengo más empeño que en encauzar su movimiento y hacerles menos triste la vida... solo que todavía puedo muy poco...

Y desde la ventana del elegante cuarto en que hablan los dos jóvenes, contempla el futuro patrón la inmensa mole de la fábrica, silenciosa y dormida á aquella hora de día de fiesta, con sus chimeneas sin penacho, con sus motores en reposo, con sus inmensos talleres abandonados y á media luz... Y tras los pabellones de su fábrica vé otras chimeneas y otras fábricas y los negros tejados de las fundiciones y el humo de hornos que nunca se apagan...

—Y tu padre ¿qué dice á todo esto? —pregunta el otro.

—Ya puedes figurarte lo que dirá. Estos días no hace más que repetir me que no sabe á quién me parezco...

—¿Sí que eres un caso raro!...

—Y se empeña en convencerme de que deje en paz á los obreros, de que el que quiera trabajar que trabaje y el que no que lo deje... ¡Mucha, mucha libertad del trabajo, pero sin nada de libertad de asociación que garantice aquella... ¿Y á que no sabes en qué se funda mi padre para demostrarme que quiere á sus trabajadores más que yo?... ¡Pásmate!... ¡Ha levantado una capilla en el recinto de la fábrica para que oigan misa con comodidad los domingos! Eso sí: el que quiera que vaya; el que no, que lo deje... ¿Se vá así al pueblo? ¿ó no es eso empeñarse en que el pueblo venga á nosotros, pero sin hacer nosotros ningún sacrificio por él?... En fin, todo es empezar, y la cosa ha empezado bien esta mañana.

—¿Tú lo crees?

—Si, lo creo. Por de pronto se han adherido al Sindicato más de las dos terceras partes de los que estaban en el frontón.

—¿Es cierto eso?

—Mira si lo es.

Y le muestra unas largas listas de nombres, las listas cubiertas aquella mañana por los organizadores del mitin.

—¡Pero aquí hay gente de todas las cataduras! ¡Aquí hay algunos que no son muy allí!...

—¿Y que?... ¡Quién sabe si muchos de ellos no son buenos porque nadie se ha cuidado hasta ahora de dirigirles una mirada de cariñoso interés!... Además, el atraerlos por completo á un camino de paz para sus almas, eso se encargará de hacerlo poco á poco el periódico mensual que los sindicados, por el mero hecho de serlo, recibirán...

—¿A un camino de paz!... ¿De qué manera?...

—Siendo católico el Sindicato.

—Se te volverán atrás los obreros.

—No, no se volverán atrás. Encontrarán en la asociación ventajas materiales en que nunca soñaron... Y si se va alguno, ó muchos; esos no convienen al Sindicato pues que no quieren identificarse con él... Y siempre quedará la levadura, la levadura de una agrupación sana que dé ejemplo

de rectitud, de laboriosidad, de mejoramiento de clase, de defensa de los derechos del obrero....

—¿Y por qué hacer que esos derechos los haga valer el mismo obrero? ¿No es católico el Sindicato? Diríjalo el cura.... ¿No es profesional? Encáucelo el patrón.... No conviene dejar armas tan poderosas en las manos de los trabajadores, que son manos inconscientes y rudas.

—¿Inconscientes y rudas?—exclama admirado el hijo del patrón—pues de eso se trata, de hacerlas conscientes, de suavizarlas al contacto de las páginas del Evangelio.... ¿Y por qué no reconocer al obrero la virtud suficiente para regenerarse á sí mismo en Cristo y ser apóstol de la verdad entre los suyos?... ¡Y qué hambrientos están los pobres de verdad y qué sedientos de justicia! Sólo que esa verdad y esa justicia las andan buscando por entre sombras enloquecedoras y tristes, y oyen sus ecos, y creen que van á llegar á poseerlas... ¡Pobres! ¡pobres! ¡Si ellos supieran que es la Iglesia quien ha dicho!.....

Y tomando un libro de un estante cercano, mientras pasa sus hojas, continúa diciendo á su amigo:

—¿Has leído la Encíclica de *conditioe opificum*?... Mira, mira cómo habla el Papa de los que hacen «una muralla de sus riquezas», de los que «imponen un yugo casi servil á la infinita multitud de proletarios»... son sus palabras.... Pues lee esta frase: «La mayor parte de los hombres de las clases inferiores viven en una situación de infortunio y de *miseria inmerecida*».... Y esta otra: «los trabajadores aislados y sin defensa—fíjate bien—aislados y sin defensa, están á merced de *amos sin entrañas*»....

El joven cierra el libro, y en pie, ante la ancha ventana por la que entra el silencio de las fábricas dormidas y el eco de canciones lejanas, clava sus ojos soñadores en el misterio de la noche que ya llega... que ya llega en un misterio azulado y brillante de estrellas....

## ¡UNA BAJA!

Desde 1.º del actual dejó de publicarse en esta villa «El Popular», despues de ocho años de lucha.

La falta de los necesarios recursos para el buen cumplimiento de su misión ha sido la causa.

Nosotros sentimos con mayor motivo la ausencia del estimado compañero con el que nos unían además lazos de entrañable amistad, recuerdos gratísimos en las rudas tareas del periodismo católico.

Cierto que para el triunfo glorioso, completo en su día, (según promesa del que no puede engañarse ni engañarnos) de la Religión Católica sobre todos sus enemigos, con horrorosa confusión de estos, nada supone una baja mas, pero siempre es de sentir y sobre todo en estos tiempos de profunda ignorancia religiosa y de vicios triunfantes.

Alégrense, si quieren, por uno que cae nuestros adversarios; son pequeñas satisfacciones que el enemigo de las almas proporciona á sus adeptos para mejor cegarlos

en sus campañas del error, pero tengan muy en cuenta que, aun humanamente pensando, llevan *la de perder* ante el resurgimiento abundante y hermoso de la prensa católica en toda España y el desaliento y falta de unión que en los sectarios empieza á notarse...

¡Uno menos!... ¡No importa! Cristo es nuestro Capitán. ¡Adelante!

## ¡ESAS NOVELAS!

Mientras la humilde, candorosa Elena, Sumida en honda pena,  
Al pié del Crucifijo reza y llora,  
Diciéndole—¡Señor! Hacedme buena  
Porque soy una grande pecadora,  
Inés, la incorregible damisela,  
Que se pasa la vida lindamente,  
Colgada del balcón y la novela  
Del *Heraldo*, *Imparcial* y demás.. gente,  
Que tiene por moral una.... ¡cazuala!  
Con humildad que espanta,  
Se juzga ¡casi nada!, una gran santa,  
Que há de entrar en el cielo con zapatos,  
De esos de piel del diablo que fabrican  
Morote, Bueno, y otros zapateros  
De los grandes periódicos *trusteros*  
¡Malhaya los cobardes mogigatos,  
De conciencia oprimida y aprensivos  
Católicos lectores,  
Que desdeñan los *sabios* rotativos,  
Y sus *dulces* novelas de colores!

Que al pié del Crucifijo,  
Descanse la ferviente penitente,  
Lo comprendo y colijo;  
Pero, ¿quién nunca dijo,  
Por muy grande que fuese su demencia,  
Que anida entre novelas la inocencia?

*Palitroques*

Cudillero.

## CHARLA

—¿Se puede pasar?

—¡Ya lo creo que sí! ¡Andrés, Andrés! aquí tenemos á D. José que nos había prometido su visita para hoy.

—Pues adelante que está en su casa. Se le recibe á V. con mucho gusto.

—Gracias, mis buenos amigos, yo también tengo verdadera satisfacción en estar con vosotros. Pero seguramente que os quedásteis hoy en casa por mi culpa, perdiendo un hermoso día de campo.

—No piense en eso. Nos alegra su visita y yo, ya ve, estaba aquí bien entretenido arreglando este cuadro de plantas y este gallinero para que adorne mejor el patio.

—Bien, hombre, bien. Ya me dijo tu mujer que ahora estabas hecho un gran hombre, que habías cambiado por completo.

—Si viera V... yo cada vez estoy mas contenta.

—¡Pocas gracias! conversiones así no se ven todos los días.

—Cambié radicalmente, D. José y cada vez me felicito mas de ello. Si supieran mis compañeros de trabajo lo que se disfruta en una vida tan tranquila como ésta, hasta por egoísmo la aceptaban enseguida, bien que para eso necesitan tener una mujercita tan...



bueno y hacendosa como mi Claudia. ¡Si no hubiera sido por ella...

—A ver á ver tú si vas ahora á sacar historias. Yo no hice contigo más que cumplir con mi deber de esposa. ¿Hay en ello algo de particular?

—Yo creo, amigos míos, que si las mujeres tuviesen más cuidado de sus obligaciones en el hogar, andaría mejor el mundo. Salvo rarísimas excepciones el hombre no es tan malo como parece.

—Lo que somos los hombres mas de cuatro veces unos grandísimos borricos que vamos detrás del que nos explota ó nos engaña con cuatro paparruchas sin que nos aleccionen los desengaños, y en cambio despreciamos al que nos aconseja cuerdamente y para nuestro bien, pero, no obstante, yo siempre lo diré muy alto «una mujer buena y una buena lectura pueden mucho.»

—¿Otra vez?

—¿No veo por aquí á Pepito? ¿Dónde le teneis?

—Salió á un encargo para la madre.

—Ya me parece que tarda.

—¡Quita allá, mujer, si aun no hace cinco minutos que salió!

—No importa voy á buscarle.

—Se habrá entretenido con los amigos en la calle.

—Ya sabe él que no me gusta eso. Abandonados en la calle se hacen unos granujillas y le vienen á uno con cada relación que ya, ya. Así empecé yo y si no es por Claudia Dios sabe dónde hubiese ido á parar.

—Ya veo que mucho tienes que agradecer á tu mujer. Dios te la conserve muchos años.

—Amén. Verá V. D. José voy á contarle. Yo al poco tiempo de casarme empecé á dejarme guiar por cuatro amigos y á leer sus periódicos hasta que me hice un *perdis* completo. De lo que ganaba muy poco entregaba en casa, lo demás me lo bebía y me lo jugaba, siempre metido en la taberna; mi mujer apenas si me veía y cuando me veía, borracho como una cuba y de un humor de los demonios y así un año y otro año. V. ya me conoció. La pobrecita Claudia lo llevaba todo con una paciencia que á mí me ponía mas enfurecido todavía. Llegué á pegarla, ¿cree V. que por eso Claudia dejó de ser lo que era? Yo supe que mas de una vez se lo quitaba ella de la boca para que ni á mí ni á Pepito nos faltase lo indispensable... es más, en una ocasión se cayó desvanecida en la cocina; cuando le pasó me dijo que no había sido nada, pero alguien me informó que fué de debilidad. Aquella noche lloré en la cama al verme tan canalla; prometí enmendarme, pero despues de unos días volvía á las andadas. De vez en cuando leía los periódicos que V. me dejaba en casa, comprendía la razón que los informaba y hacía nuevos propósitos... para el día del juicio por la tarde. Seguí, gracias á los amigos y á sus papeluchos, siendo borracho y jugador y cobarde pegando á mi mujer... Era el día de mi santo, lo recuerdo bien pasé celebrándolo en una taberna de junto á la fábrica. Cuando llegué á mi casa á las dos de la mañana, figúrese V. en qué estado, llevaba ganas de pendencia. Claudia me esperaba levantada y al ir yo á darle una bofetada caí contra la puerta y tan fuerte fué el golpe que recibí en la cabeza que quedé sin sentido; cuando lo recobré ví á Claudia curán-

dome como una hermana de la Caridad y lloraba, lloraba preguntándome si me dolía mucho la cabeza, que me quedase en la cama hasta que estuviese bueno del todo. Yo no era un perverso, era un pervertido y no pude sufrir tanta abnegación; la pedí perdón, la prometí enmendarme de veras y hasta la fecha.

—Cuando mis amigos trataban de llevarme á las andadas, supe contestarles debidamente y no volvíeron á meterse conmigo...

—Ya estamos aquí, Andrés. Como había mucha gente en la tienda tardaron en despacharle.

—¿Pero V. qué trae ahí?

—Un poquito de cerveza, D. José.

—Mil gracias por la atención, pero siento que por mí se hayan metido en gastos.

—Bueno, bueno, déjese de cumplidos y á ello.

—Vaya, pues ahí te van este par de cigarrillos escogidos.

—Y tan escogidos, como que tienen *sortija*. Agradeciéndolo.

—¡Buenas tardes, Pepito!

—¿Como está V.?

—Bien y tú.

—Yo bien, gracias á Dios.

—¿Qué tal, que tal vamos de escuela?

—Ya estoy en la octava sección.

—¡Hola, hola! Y de Catecismo ¿qué tal vamos?

—Bah, lo dí ya mas de cuatro veces todo. Pregúnteme y verá.

—No, no quiero cansarte. Me basta tu palabra.

—Además va todos los domingos sin faltar uno al Catecismo de la Parroquia.

—Y soy instructor de otros niños mas pequeños que yo y he ganado ya muchos premios.

—Cuánto me alegró que seas tan aplicado. Yo tambien te voy á dar ahora por ello un premio. Toma este libro de cuentos muy bonitos y este cartucho de rosquillas muy sabrosas.

—¡Uy cuántas!... Muchas gracias, D. José. Toma, mamá guárdalas para cuando quieras dárme las ó para tí y mi papá. Oye, papá ¿me dejas ir á leer alguno de estos cuentos allí junto á las gallinas?

—Pídele permiso á este señor que te lo dió.

—Sí, monín, vete y saboréallos, pero no todos de una vez.

—Ya escapó. Si viera V. qué aficionado es á leer!

—Aprovechad esa afición dándole siempre buenas lecturas. Si sigue así Pepito, habrá de proporcionaros muchos días de contento.

—Dios le oiga á usted. Un hijo malo es cosa de echarse á temblar. Ahora mismo cuando yo salí á buscar á Pepito á la tienda estaba el señor Pedro rabiando como un demonio por una carta que recibió de su hijo que está en presidio, pidiéndole cuartos y, hasta amenazándole si no se los mandaba! ¿Habrás visto?

—Ese tiene muchas que pagar. Siempre andaba roncándole á sus hijos «el que os la haga que os la pague tarde ó temprano» y además allí no hay ni hubo nunca sombra de religión.

—Pues entonces no se diga más.

—Otro de los hijos le mataron en una pendencia al salir de una taberna y además tiene una hija que anda por esos mundos, perdida la pobrecita.

—Pobres gentes; en el pecado llevan la penitencia. Están recogiendo lo que sembraron.

—De buena me libré yo. Gracias á este tesoro de Claudia que Dios me dió.

—Debe V. de conocer al señor Pedro. Es aquel ajustador que V. libró de la cárcel cuando la huelga de la fábrica donde mi Andrés trabaja.

—¡Ah, sí... ¿no se corrigió nada?

—Quíá, cada vez está peor, ¿quiere V. que vayamos á verle?

—Otro día; si hoy está de malos pelos, no es ocasión, dejémosle que se serene.

—¡Vaya, creo que la visita ha sido larga! Hemos charlado de todo un poco, con que hasta otro día, mis buenos amigos. Adios Pepito, dame un beso.

—Ya sabe V. dónde tiene su casa.

—Lo mismo les digo. Ya me conocen.

## Una réplica de Pio X

Hace poco, según se relata en una crónica de Roma, que en la audiencia concedida por el Padre Santo á un sacerdote parisiense, dijo éste á Pio X:

—Conozco muchos librepensadores instruidos que lo son de buena fé, y á los que no conviene obligar á que pierdan las simpatías que sienten hacia el catolicismo. Dignaos, Beatísimo Padre, ensanchar las vías de acceso á la Iglesia católica, y no cerréis las puertas á los que quieren entrar en ella.

—Dice el Evangelio—replicó el Papa—que el camino ancho es el camino de perdición, y que sólo el camino estrecho conduce á la gloria. No me deis, pues, consejos antievangelicos. Por lo demás, á nadie excluimos de ir y estar en el gremio de la Iglesia; pero creo prudente conservar cerradas algunas puertas para evitar á algunos de vuestros amigos la tentación de salir por ellas!

OID...

...Ricos, no pongáis vuestro corazón en los bienes de fortuna; consideraos como administradores de la sustancia de este mundo, que de Dios habéis recibido. No se os han dado las riquezas para satisfacer vuestro orgullo, vuestra sensualidad, vuestras pasiones; estáis obligados á negaros á vosotros mismos, haceros violencia y refrenar vuestros apetitos como todos los demás que no tienen recurso para darles pábulo. Si la poseéis, es para cubrir convenientemente vuestras verdaderas necesidades, y asegurar mejor con lo sobrante el socorro de las que padecen vuestros hermanos; queriendo así el Señor que os santifiquéis por el ejercicio, por la misericordia y la caridad.

...Pobres, mirad con ojos de fé el estado humilde en que el Señor os ha colocado: por ese camino quiere haceros más facil que á los poderosos la consecución de la eterna bienaventuranza. Teneis menos obstáculos que ellos para ser humildes, sufridos, llevar con resignación vuestra cruz y seguir á Jesucristo, modelo de todos los que se han de salvar.

Trabajad en buena hora en hacer menos penosa vuestra situación; pero nunca empleéis medios reprobados por la ley de Dios para



aliviar vuestras necesidades. No os dejéis alucinar por esas doctrinas perversas que autorizan el despojo y la rapia, ni los ejemplos de aquellos que las ponen en práctica. Si el Señor permite que vuestra miseria continúe, resignaos; manifiesta señal es de que quiere por este medio dais satisfacción á su justicia por los pecados cometidos, os preservéis de cometer otros nuevos, y con solo aceptar voluntariamente esos trabajos, tengáis ocasión de contraer inenarrables méritos. Confíad siempre en que Dios, que es vuestro padre y conoce todas vuestras necesidades; que alimenta á las aves y viste los lirios del campo, no os abandonará: si buscáis primero el reino de Dios y su justicia, esta l seguridad de que todo lo demás se os dará por añadidura.

El Obispo de Plasencia

## TESTAMENTO SUBLIME

Leonor de Bergh, duquesa de Bouillon, quedó viuda con cinco hijos y cinco hijas, y como los demás parientes eran herejes calvinistas, la piadosa madre puso todo su empeño en enseñarles la verdadera fe de Cristo. Cuando les decía que debían estar dispuestos á dar por ella hasta su sangre, lo hacía con tal fervor, que todos sus hijos entusiasmados la decían:

—No temas, mamá, que antes moriremos todos que faltar á nuestra fe.

Y lloraban!

La noble viuda, comprendiendo que aunque joven todavía, su fin estaba cercano, temiendo como prudente por la fe y por la virtud de aquellos hijitos del alma que dejaba en el mundo expuestos á tantos peligros, redactó un testamento, que les leyó con solemne dignidad é inefable ternura, emocionadísima y regándolo con sus lágrimas.

Entre otras cosas decía así:

«Diez hijos me ha dado Dios, y yo los he amado por El y para El.»

«Les he enseñado á amar al Señor y todo mi empeño ha sido grabar en sus corazones la fe de mi divino Salvador.»

«Dios ahora me llama á Sí y yo vuelvo á El presurosa, porque es dueño de la vida y de la muerte; tranquila, porque he llorado mis pecados; confiada, porque ha muerto El mismo por mi salvación; contenta, porque bien pronto van á acabar las penas y dolores de la vida; felicísima, porque espero ir á ver mi Dios y á verlo y gozarlo por toda la eternidad.»

«¡Mis hijos amadísimos quedan en el mundo! Los pongo en las manos de mi Señor Jesucristo y bajo el manto y protección de su Madre y Madre también mía, la Virgen Santísima.»

«Instituyo al rey, al parlamento, á todos los obispos, sus tutores honorarios, suplicándoles con lágrimas en los ojos que velen, no por sus

bienes temporales, sino por su fe y por su alma.»

«Mando á mis cinco hijos y cinco hijas que se junten algunas veces y que lean juntos este testamento, para que con su lectura se afirmen en la fe católica.»

«Les pido de rodillas, por el amor que siempre me han tenido, que lean el Evangelio y estudien mucho la Doctrina cristiana, para que, viviendo entre herejes, si tienen que vivir, sepan defenderla y conservarla intacta.»

«Si alguno de ellos llegara á hacer traición á su fe, quiero que los demás no le consideren como hermano, sino como baidón y afrenta de la familia.»

Y luego dispuso que todos lo firmaran.

Poco tiempo después la piadosa duquesa moría, y desde su lecho de agonía, mirando por última vez á aquellos diez hijos de su corazón, les dijo con suavísima ternura y heroica entereza á la vez:

«En el día último, cuando todos resucitemos, yo os buscaré y os miraré; y si alguno hubiera faltado á su fe, le diré: Vete, maldito y desgraciado; vete, pérfido y traidor, has faltado á Dios, á la Iglesia, á tu madre y á tu fama... Vete, no te reconozco por hijo.»

¡Esto es heroico! ¡sublime!

¡Señor, dadnos muchas madres así!

## LA CRISIS DE LA ESCUELA LAICA

Conociendo como concen los sectarios la influencia de la educación en el porvenir de los pueblos, tratan de apoderarse de la escuela por todos los medios que les sugiere el espíritu del mal para dar en ella enseñanzas neutras ó irreligiosas; pero como las obras negativas son siempre estériles é infecundas, he aquí que la escuela neutra no necesita más descrédito que su propia manera de ser y de funcionar.

Y una prueba concuyente de esta afirmación es el concienzudo trabajo que M. Achille Guillard ha publicado recientemente en *L'Echo de Paris*, citando el hecho de que haya en Francia 12.000 escuelas oficiales inútiles porque á ellas no asisten niños.

Excusado es decir que por ese camino la República francesa lleva trazas de levantar su prestigio moral como nación civilizada, gracias al espíritu sectario de los hombres que la des gobiernan.

Y era natural que así sucediera.

Expulsadas las Congregaciones religiosas dedicadas á la enseñanza y neutralizada la escuela pública, que ya sabemos lo que esto significa, los padres que conservan en su espíritu un rastro de fé y un poco de amor á la Patria no pueden consentir que maestros indignos rasguen impunemente la inocencia de sus hijos y esterilicen en su alma candorosa los nobles gérmenes de religión y patriotismo que en ella depositaron con celo y amor extraordinarios.

Y prefieren que sus hijos sean ignorantes,

sanos de espíritu, á que sean corrompidos con una intrucción disolvente y demoleadora.

Mediten un poco los que, llamándose católicos, quieren atraer sobre nuestra querida Patria tan espantosa calamidad.

## Sección Recreativa

El tío Tabardillo ciego que de pedir se mantenía, á una taberna dirigióse un día, y díjole en la puerta al lazarrillo: —Entra: siempre nos da la tía Tomasa algo que manducar.

Entró el muchacho y al salir dijo al ciego:

—No está en casa.

—¿Y no te ha dado nada?

—No.

—¿Ni un rabo

de sardina?

—Tampoco.

—Pues yo creo

que hueles á sardina.

—¿Yo?

—Sin duda

te la has comido.

Y era cierto; el chico quiso engañar al ciego, que tenía el olfato muy fino; pero el viejo, zurrándole el pellejo, —¡Me hueles á sardina!— le decía. Mas siguieron andando, y al cruzar una calle, el muchacho travieso guió tan mal al pobre Tabardillo, que en la esquina de enfrente se dió un beso. Airado el ciego levantó el garrote, más el chico dió á huir y desde lejos le gritaba:— ¡Fio zote,

si olió la sardina

¿cómo así mismo no olió usted la esquina?

X

## BIBLIOGRAFIA

También «El Eco Franciscano» importante é ilustrada revista quincenal de Santiago de Galicia y con cuyo cambio nos honramos, ha publicado un grandioso número con motivo del Jubileo Sacro del Papa Pío X. Texto y grabados son de ciencia profunda y marcado gusto artístico. Nuestro parabien á los sabios PP. Franciscanos.

## Correspondencia Administrativa

Sr. C. de Noreña.—Pagó la suscripción del C. C. hasta Febrero de 1909. Queda tomada nota del aumento desde 1.º del actual.

Sr. C. de S.—Encinas Reales.—Muy agradecidos le estamos por su donativo y por la propaganda.

Sr. J. L. de Barcelona.—Ya no tenemos ningun ejemplar del drama «El Anarquista» En la librería de D. Enrique Hernandez, Paz, 6, Madrid, deben tener alguno para la venta.

## Obras teatrales

muy apropiado para Sociedades Recreativas. **El Señorito.** Juguete en un acto. Precio una peseta.

«**Jauja**» Juguete cómico—lírico—filosófico—social.—Una peseta.

**Mitin Socialista.**—Episodio de actualidad.—Una peseta.

(De venta en esta administración.) Certificadas, 0'25 de pta mas. También tenemos colecciones de «El Amigo del Pobre», años 1906 y 7 al precio de 2 pesetas colección, sin certificar.